

A Carlos Salvador

Llevo casi treinta años vinculado a la docencia universitaria y a lo largo de ese tiempo han sido miles los alumnos que he tenido la oportunidad de tratar y de conocer.

Los cursos académicos pasan cada vez más deprisa y las posibilidades de acceder a las distintas personalidades de los que se sientan en las aulas delante de nosotros son, por lo general, más escasas, pero, por encima de las personas matriculadas cada año, suelen sobresalir algunas por distintas razones, ya sea un mayor interés por la materia impartida, ya sea porque atraviesa una crisis personal que no evita dar a conocer a su profesor, ya sea porque marcha a un Erasmus y nos pide algunos consejos, ya sea porque ha decidido continuar el tercer ciclo de su carrera, en fin...

La vida académica crea vecindades casi siempre gratas, y uno, cada vez con más años encima, ve cómo esas generaciones se encaminan en sus particulares biografías y rentabilizan, o no, las enseñanzas adquiridas en los recintos universitarios en lo que luego es el trabajo del día a día.

Pasan los años y llegan los reencuentros y aquellos jóvenes con rostros aún por definir se convierten con el tiempo en mujeres y hombres con sus kilos de más, casi siempre, y las huellas de la existencia depositadas poco a poco en sus rasgos faciales, acaso ya padres de hijos que empiezan el ciclo y así una y otra vez.

Pero también uno recibe noticias tristes y como un rumor sin origen conocido le llega la muerte de alguien que ha compartido aula durante muchos días del año, de alguien que uno aconsejó a trabajar en este tema o en otro, de alguien que uno examinó con toda la justicia de la que fue capaz, de alguien que veía reír en mañanas primaverales, que veía fumar o tomar café en la cafetería del campus, de alguien que empezaba a desempeñar sus primeras responsabilidades.

Y así me llegó la noticia triste de la muer-

te de un antiguo alumno, de Carlos Salvador Pérez Estévez, y de su hermana Beatriz. Habían sido víctimas de un accidente de tráfico en la autopista del sur de Tenerife y ambos habían perdido la vida un viernes 1 de junio de 2001, cuando se trasladaban de esa parte de la isla hacia La Laguna a reunirse con sus amigos.

Dos hermanos disfrutando de sus primeros trabajos, los dos únicos hijos del matrimonio de Salvador Pérez y Aurora Estévez, profesores con una larga trayectoria y con demostrada competencia y amor por su oficio, desaparecían de pronto por un capricho del destino que ninguna clase de razón llega a entender.

Un suceso situado en ese año de 2001. Una desgracia.

Parecía un capítulo trágico cerrado ya, cuando hace unas semanas, durante el mes de octubre, recibo una carta de don Salvador Pérez, el padre de Carlos Salvador, dándome cuenta de la aparición de tres libros póstumos de su hijo: de un poemario: *Duelo del extranjero ilimitable*; de un libro de aforismos y pensamientos varios: *Dioses para cinco minutos* (con prólogo de Eduardo Haro Tecglen y excelente biografía de Carlos Robles); y de un volumen de relatos y de textos críticos: *Retrato de un viejo prematuro* (con prólogo de González Jerez). Todos ellos impresos con finura por Ediciones Idea.

He de confesar que lo primero que pensé es que se trataba de un sobreesfuerzo de un padre desconsolado por otorgarle a su hijo una segunda vida literaria más allá de la muerte física, irremediable ya. Pero el respeto y la gratitud que siento por don Salvador Pérez, que fue el mejor profesor que tuvo mi hija Irma durante sus estudios primarios, y el recuerdo de su hijo en la universidad, me in-

Alumnos

JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS

dujeron a leer con atención las tres obras que llegaron a mi despacho.

Leí el libro de poemas, prologado con acierto por Juan Cruz Ruiz, y descubrí en él un lenguaje refrescante, con vida y pensamiento intenso detrás. Descubrí humor en las prosas poéticas allí también incluidas, y en lo que el autor decidió llamar apuntes de canciones, donde nos dice algo así como: "Liv Ullman, a veces es menos duro despertarse y sentirse sola cuando estás sola que despertarse y sentirse sola cuando estás con alguien".

Leí el libro de relatos y de textos críticos y detecté la existencia de un narrador en ciernes que escribía con su inteligencia, con su sensibilidad, pero también con todos sus poros. Y descubrí un crítico con una de las virtudes más necesarias para ese trabajo, la de ser insobornable a la hora de mirar alrededor. Me interesó sobre todo su "Crítica a *Paradiso*", donde se mete con una valentía que es de agradecer con algunos compañeros de su generación, poetas pertenecientes a lo que Carlos Salvador llama un "postmodernismo simple, huidizo, cobarde..." y que en literatura "no dudan, no les interesa, les basta la coraza de una poesía callada, apocada, servicial".

Y leí más tarde su libro de aforismos y de pensamientos varios y ahí ya me di cuenta de quién se nos había muerto el viernes 1 de junio de 2001.

Ahí ya me quité el sombrero y me hice la siguiente reflexión: ¿Cómo ha podido uno tratar a una persona durante algunos años, aunque sea desde la cierta distancia que impone el territorio académico, y no haber percibido toda la sabiduría que llevaba a cuestas?

Aparte de los innumerables fragmentos dedicados a anunciar una muerte joven; tantos que nos hacen pensar en que Carlos Salvador conocía casi con exactitud bruja los

años de su estancia en la tierra (¡cuánto me recordó a Félix Francisco Casanova!), en este libro hay testimonios vitales descarnados, enunciados con las palabras justas, ajenos a cualquier subordinación a los géneros literarios o filosóficos al uso, entreverados de citas muy bien digeridas que se confunden felizmente con el lenguaje que las comenta, Hay mucha verdad, una verdad madura, recia.

La confesión de un ser que ha buceado en su interior con todas sus consecuencias y que ha llegado a sus propias conclusiones, a la conclusión de toda obra de arte: la precariedad de nuestra condición humana, la mera transitividad: "¿Y cuando muera el otro, la otra, qué va a ser de mí? ¿Y cuando muera yo qué va a ser de ellos? ¿Y cuando muera yo qué va a ser de mí?".

Hay mucho de Elías Canetti y de Emile M. Cioran en esas indagaciones, en esa lucha por aparear destinos y esperanzas, en esas ganas de zafarse, a través de la escritura, del peso y de la gravitación de la muerte que se lo llevó tan pronto de entre nosotros.

Dijo precisamente Cioran, en una de sus desasosgadas obras, que es el uso del concepto el que nos hace dueños de nuestros temores. Y Carlos Salvador llegó hasta ese precipicio expresivo. Lo pisó para su satisfacción y para su desgracia también. Aunque en estas páginas publicadas póstumamente uno siempre perciba en su lenguaje una vocación de acercamiento a los otros, un necesario acercamiento a los otros: "Sutil, sugestiva, oscura, pero al final la poesía ha de entenderse".

No, nunca pude imaginar que el joven cohibido que saludé y conocí, durante meses y meses, en tardes lluviosas y en mañanas de cristal, en nuestras aulas, en nuestros jardines, en nuestros corredores, estuviera dotado de un conocimiento tan lúcido de nuestros estados del alma y de un almacén de palabras tan rico para decirnos todo lo que ahora nos ha dicho en estos tres libros que acaban de aparecer gracias al coraje de unos padres que se han negado a aceptar la otra muerte de su hijo: la que hubiera significado ignorar su aventura expresiva.